

mesa de Marta. Tengo que hacer aún muchas indagaciones sobre esta materia, pero sin embargo, mi impresión actual es muy favorable á Nápoles, porque me parece el único lugar de Italia que posee la misma especie de vitalidad que he hallado en todos los grandes puertos y ciudades inglesas. Roma y Pisa están muertas y arruinadas; Florencia no está muerta, pero sí dormida, mientras que la población de Nápoles está inundada de vida.

«He tenido carta de Empson en que me dice que todo el mundo habla muy bien de mi renuncia de la plaza de juez letrado. Mackenzie alababa mucho el otro día mi código indo, á Roger. Estoy satisfecho de este trabajo que, sin embargo, ha de aguardar mucho á que se le haga justicia, cosa que ya conocía yo cuando trabajaba en él.»

Nápoles, domingo 6 de Enero. He subido á la cumbre de la colina para ver la tumba de Virgilio, que no tiene más interés, que el que deriva de su nombre. No conozco la historia de esta ruina, pero si la tradición acerca de ella es inmemorial y nadie puede fijar el tiempo en que se originó, me inclino á pensar que es auténtica. Virgilio fué de seguro el hombre cuyo lugar de sepultura fué probablemente mejor conocido de todas las generaciones que sucedieron á su muerte, pues no ha habido período desde la edad de Augusto en adelante, en que no hubiese en Italia bastantes lectores de la *Eneida*. Los únicos tiempos sospechosos son los primeros de la Iglesia católica. Supongo que nadie duda de que el sepulcro que ahora se nos muestra como de Cristo sea el mismo de Helena, y que el lugar que en estos tiempos se señala como tumba de San Pablo sea el mismo reverenciado como tal en los días de Crisóstomo. Las tradiciones locales del cristia-

nismo son bastante claras todavía durante los últimos mil trescientos á mil cuatrocientos años, y sólo en las primeras dos ó tres centurias es cuando faltan algunos eslabones de la cadena. Ahora, con respecto á Virgilio, no puede dudarse que el lugar de su enterramiento fuese tan conocido en los tiempos de la disolución del Imperio de Occidente como lo es ahora el de Shakespeare, y aun en las edades más oscuras hubo siempre una parte de los habitantes que tuvieron interés por estos restos. Vuelvo á mi hotel sumamente fatigado con tanto pasear y trepar. Comí con una pinta de porter embotellado que valía todo el falerniano de estos días y concluyó la tarde al lado de la chimenea leyendo *Jack-Brag*, de Teodoro de Hook; es un escritor inteligente, grosero y vulgar.

Viernes, 11 de Enero. Cuando me levanté estaba nevando de tal manera que renuncié á ir á Paestum, lo que me puso de bastante mal humor, pero al cabo despejó, quedando un día claro y bellissimo, aunque no completamente bueno porque hacía demasiado frío para un reciénvenido de la India. En vista de esto me quedo al lado del fuego leyendo *Pompeya*, de Bulwer. Hay en éste elocuencia y talento como en todos los demás libros del mismo autor; muestra también más condición de la que yo esperaba: pero tiene los mismos defectos de todos los libros en que se pretende dar á los modernos una idea de las costumbres antiguas. Después de todo, entre aquellos tiempos y los nuestros existe tal diferencia que no hay hombre que tenga condiciones literarias bastantes para hacerlas evidentes y comprensibles. Con grandes esfuerzos de imaginación podrá crear el literato un mundo distinto del nuestro, pero habrá mil probabilidades contra una, de que no sea aquel que existió en tiempos ante-

riores. Quizá los hechos mejor pintados al tratar prácticamente los acontecimientos antiguos, sean aquellos inherentes á la humana naturaleza en general, que á excepción de los grandes desatinos de las costumbres, influyen poco en determinar el carácter propio de los pueblos. Pintar á los romanos, como todos procuran hacerlo, hablando el lenguaje vulgar, y burlándose unos de otros, y sin embargo, cultos y refinados, debe ser una falta, y esto constituye muchos lunares en el libro de Bulwer. ¿En nombre de qué sentido común pone Glauco reparos á hacer él lo que hacen los ciudadanos romanos? El, un hombre de fortuna y talento, residente en Italia é íntimo de romanos de distinción! Arbaces tampoco es un ciudadano. Rico, poderoso, educado, súbdito de Roma, viviendo en una ciudad italiana de importancia, perfectamente recibido en aquella sociedad, y sin embargo, no es un ciudadano! Cosa semejante no se ha visto nunca, creo yo. El cristianismo del libro de Bulwer no es tampoco de mi gusto. La Trinidad, el hijo de la viuda, el recuerdo de las predicaciones de San Pablo, inutilizan el efecto clásico de la fábula. No puedo creer que el cristianismo haya hecho tan poca impresión en aquellos tiempos en Italia sobre las clases educadas, con excepción de algunos judíos. Bulwer lleva, por un lado, el valor y libertad del espíritu griego más adelante de lo que corresponde á aquella edad, y por otro las esperanzas de la filantropía moderna, mucho más atrás, á una época demasiado primitiva. Sus griegos están hechos con fragmentos del republicano ateniense y del filósofo parisién, sin que ninguno de ellos ajuste con el hombre ingenioso, voluble, embustero, vil, y aprendiz en todo y maestro en nada que debía ser un griego bajo la familia Flavia. Es no obstante un libro hábilmente hecho.

Enero 12. Es el cumple años del rey y acuden muchos extranjeros á la corte. El rey no presta gran atención á los ingleses, ni aun á hombres tan superiores como el Duque de Buccleuch, y la reserva toda para los rusos. ¡Tonto sería quien creyese que el león ó el oso se preocupan de ver á qué partido se inclina la liebre en esta disputa! Por la tarde, mientras yo bebía algunas copitas de Marsala leyendo una novela llamada *Crichton*, del autor de *Rookwood*, y peor que esta, vino Verney á rogarme asistiese esta noche á su palco en el teatro de San Carlos, que había de estar iluminado en honor del día. Me gusta poco el teatro, pero como pasa éste por ser el más bello de Italia, y por tanto de Europa y la ocasión era única, acepté con agradecimiento. La familia real estaba debajo de nosotros, y no pudimos verla; no doy ni un solo carlino por ver á ningún Borbón, vivo ó muerto, de la rama española. La representación me produjo un gran cansancio,, ó más bien sueño. De vuelta en casa, leo el *Gil Blas*, que hallo, como siempre, encantador, y jamás me canso de él.»

Macaulay fué de Nápoles á Marsella en un vapor costero que tocó en Civita Vecchia, «donde Goulburn vino á bordo (1) y se mostró conmigo muy cariñoso y atento. Estuvimos charlando una buena parte del día, hasta la hora de comer, y aún se hizo algo de política; pero hablamos sin la menor acritud uno ni otro. Sin embargo, una vez le dije, y él lo sintió, que estaba abusando de las comisiones de elecciones. ¿Luego piensa usted realmente, Mr. Goulburn, que las decisiones de las comisiones de elecciones son parciales é injustas? Decididamente — con-

(1) Goulburn fué después canciller de la Real Hacienda con el gobierno de sir Roberto Peel.

testó él. Entonces, creo que lo mejor sería dirigir un voto de censura á O'Connell por decir tales cosas.» Jamás he visto un hombre más completamente confundido y todo colorado, cara, frente y todo, y mirando

*Como le he visto en el capitolio
conferenciando con algunos senadores.*

Realmente no tuvo nada qué decir, sino que me había dado su opinión acerca de las comisiones de elección completamente en privado, á lo que me apresuré á contestarle que, desde luego, lo había entendido así, y fui demasiado generoso y atento para no acosar á mi víctima. Pero realmente, su voto de censura es una cosa seria, y no concibo que ningún hombre se crea justificado asociándose á él, á menos que piense llegarlo á merecer. Hay poca diferencia entre un voto vergonzoso en una comisión de elección, y otro también vergonzoso en una cuestión de censura; ambos son procedimientos judiciales. El juramento prestado por los individuos de una comisión es un coco para las viejas, y los hombres se parecen mucho á ellas. Un hombre recto y prudente tiene otros guías que la superstición para dirigir su conducta. Me gustan la conversación y maneras de Goulburn; yo tenía un prejuicio contra el que, como la mayor parte de los prejuicios tan sólo en las diferencias políticas, ceden fácilmente al menor trato personal. Es un hombre á quien no he apreciado durante muchos años, sin conocerle, y que, probablemente, tampoco me estimaría sin mayor razón para ello. Esto es una lección.

Leo la *Historia de la guerra americana*, por Botta. El libro me interesa, aunque el escritor no es de mi

gusto. La obra es bastante buena, y cuando el autor desfigura alguna cosa, es más bien por ignorancia que por parcialidad. Es, sin embargo, trivial, y su estilo lo más afectado que puede imaginarse. No puedo perdonar los discursos puestos en boca de sus héroes y su propósito de dar un aire clásico á nuestros debates ingleses, así como su sustitución del «signor Giorgio Grenville» al «muy honorable caballero», y «cari concitadini» ó «venerabili senatori» á «Mr. Speaker». Sus esfuerzos por aparecer gracioso me producen disgusto. Yo perdono la afectación de magnificencia, pero la de sencillez me es muy fastidiosa; la magnificencia puede coexistir con la afectación, pero ésta y la sencillez son de naturaleza completamente opuestas. Botta usa mucho también de las voces anticuadas, hasta el punto de que los mismos italianos necesitan glosario para leerle, y gusta sobremanera de imitar el estilo infantil que tan delicioso es en Boccaccio. Constantemente introduce en su narración vulgar florentina proverbios del siglo XIV. Nos cuenta que Dios, que no estaba aún tranquilo el sábado para pagar los salarios, se vengó de los saqueadores de Wyoming, recompensando sus ultrajes con medidas de carbonero.»

Paris, 2 de Febrero de 1839. El cielo está claro, pero hace mucho frío y la nieve cubre todo el suelo. Me decido á ir á Versailles. El palacio es un vasto montón de pequeñeces. Hacia el lado de Paris el contraste entre los remiendos de ladrillo rojo en la parte antigua y los conatos de magnificencia clásica en la última parte, son de muy mal efecto. Enorme como es la plaza de Armas, aparece mezquina en la descripción, y se hallan colocadas á su alrededor las estatuas que estuvieron en Paris sobre el puente, frente á la

Cámara de diputados, que son bastante desagradables é hinchadas, y representan héroes tempestuosos que parecen cómicos desempeñando papeles de capitanes de bandidos de un mal melodrama en un teatro de segundo orden. Espero no volverlas á ver nunca de nuevo colocadas sobre el puente, y me imagino, por supuesto de broma, que el gobierno tendría antes el buen gusto de arrojarlas al Sena. En el centro de la plaza hay una estatua ecuestre de Luis XIV, que muestra bien su espíritu, al menos tal como se presenta en las obras arquitectónicas en que lo ha impreso. Parece mostrarse contento paseando entre los invernaderos y dirigiéndose á los jardines. La nieve tiene varias pulgadas de espesor, pero sin embargo no estorba para que yo vea bastante de este país famoso que me demuestran su bajeza y extravagancia superiores á lo que ya esperaba en este sentido, y esperaba bastante. La fachada del palacio que da al jardín parece bella por contraste con la otra; pero cuando se comparan los enormes medios empleados en ella con el efecto producido por tal obra, la desproporción es portentosa. Esta fachada tiene unos 2.000 pies de largo y se eleva sobre una alta terraza. Debe ser una de las obras más grandes del poder y arte humanos; dudo que haya ningún otro trabajo de arquitectura de una extensión igual á la suya. No creo que todas las obras del siglo de Pericles, ni San Pedro, con columnata y todo, hayan costado más que lo que se ha derrochado en Versalles; representa una docena de grandes casas de particulares ingleses en el campo, sólo que tiene mucho más esplendor y majestad y una extensión mucho más vasta. Sin embargo, el castillo de Howard es mucho más bello. Fui al interior, y me sorprendió el buen sentido, y aun puedo decir

magnanimidad, que ha mostrado el rey actual admitiendo á todos los hombres que honran á Francia cualquiera que sea su condición personal ó de familia. Las victorias de Bonaparte llenan la mitad de las salas; sin embargo, también de Carlos X existen bellamente representados allí todos los títulos que tiene al respeto público, tales como las victorias en Africa, Navarino, las hazañas del Delfin, tales como fueron, en España, en una palabra, todo tiene allí representación. La cosa más interesante que hay en todo el palacio es la alcoba de Luis XIV con el mobiliario que usaba este rey, y al ver esta habitación y lecho, me acordaba de las anécdotas de Saint Simón á propósito de ambos.